

XI Cita Internacional de los Foros VII Encuentro Internacional de la Escuela de Psicoanálisis de los Foros del Campo Lacaniano

09-12 JULIO | 2020

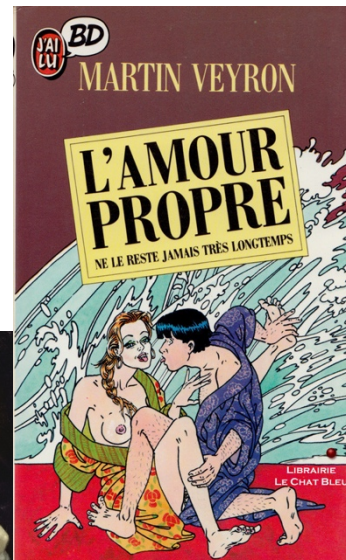
Paseo La Plaza - CABA
Av. Corrientes 1660

Buenos Aires
Argentina

Cuerpo adorado

Marc Strauss

Preludio



Por casualidad, la solicitud amistosa de Agnès Metton para proporcionar este Preludio coincidió con mi lectura de la página 66 de la edición francesa del seminario El Sinthome, la cuarta lección, del 20 de enero de 1976. Lacan más apocalíptico que nunca avanza allí, como una característica de la especie el hecho de que el parlêtre adora su cuerpo.

Una formulación que no podría ser más simple, sin embargo, inquietante. ¿Es tan evidente? Cuando cuestionamos un buscador famoso, nos sentimos abrumados por el anuncio de sitios que expresan 5, 10 o incluso 15 consejos para lograr amar a su cuerpo, asumirlo, aceptarlo y los otros ofrecen dietas para adelgazar. Ni hablar del éxito planetario de las cirugías cosméticas y correctivas, solo hablemos de la vergüenza y los temores que desencadenan nuestros cuerpos. ¿Entonces...?

Es cierto que adorar no es amar y que no amar a su cuerpo no significa no hacerle un culto, sino todo contrario, tal vez.

Esta adoración es el hecho para Lacan de la mentira producida por la mentalidad, forzada a imaginar "hechos falsos" para preservar el amor propio que supone.

Como un ejemplo mayor de un "hecho falso", ¿no tenemos la castración? Freud insistió mucho en la importancia de la constitución y el desarrollo del pequeño hombre de este delirio que da sentido tanto a la ausencia como al goce por separado.

Martin Veyron, nos ilustró el hecho de que el amor propio nunca permanece por mucho tiempo, y lo mismo ocurre, lastimosamente, con la simplicidad en Lacan.

En lo que sigue de su conferencia, que por lo tanto se vuelve extremadamente densa y requiere una serie de comentarios, sitúa el amor propio al principio de la imaginación, reformulando la novela familiar del neurótico de Freud, donde de hecho es de una herida al amor propio de donde toma su auge, dispuesto a hacer cualquier cosa para salvar al padre en su función de garantizar la certeza de su lugar en el Otro. Es el cuerpo considerado desde el punto de vista de este Otro lo que permite que el sujeto se represente mentalmente como la unidad, de la cual toda la *hystoria* adquiere significado.

Lacan agrega que si el parlêtre adora su cuerpo es porque su mentalidad le hace creer que lo tiene, mentalmente y en contra de toda evidencia concreta. Lo subraya, el cuerpo no se evapora y, por lo tanto, permanece allí en antipatía con la mentalidad.

Este resto concreto del cuerpo es transferido de golpe a otro cuerpo supuesto verdaderamente uno, dispensado de su mentalidad dolorosa. Este otro cuerpo se convierte entonces en el objeto de adoración, un desvío obligatorio para que ella regrese a él en su propio cuerpo.

Más que Narciso prisionero de su imagen y cuyos Antiguos debatieron sobre si se había reconocido a sí mismo o no, nos aparece aquí Pigmalión cuyo amor dio vida, no sin la contribución de Afrodita, al cuerpo de piedra de Galatea. El repertorio de las interpretaciones de este mito nos llevaría demasiado lejos aquí y no nos atreveremos a ver en la pintura de 1819 de Girodet, con su ramo bien ubicado, la forma épica de cierto esquema tomado de Bouasse; recordemos simplemente que este chipriota se había fabricado la mujer de sus sueños después de haber huido de su isla, horrorizado por la falta de modestia de sus habitantes, las Propétides, que tenían la mala reputación de ser prostitutas y brujas, o incluso ambas, en otras palabras, tener una mentalidad ...

Para seguir a Lacan en esta página de su seminario el Sinthome, todos somos Prometeo: por nuestra adoración, nos vemos dando vida al objeto al reconocerlo en otro cuerpo. Aparece un paralelo singular entre el objeto que una mujer es para un hombre y lo que son los niños para ella: siempre dar vida, aunque sea por una fuerte lógica diferente.

En efecto, si parece que las madres adoran los cuerpos de sus hijos, para mayor desgracia de estos últimos, es una forma de adoración diferente a la del cuerpo que Lacan distingue en las mujeres, en sus ideas directivas para un congreso sobre sexualidad femenina. Describe la infidelidad femenina, donde detrás del hombre cuyos atributos ella "aprecia" permanece velado "un amante castrado o un hombre muerto (o ambos en uno) ... para llamar a su adoración allí". Tal vez Íncubo ideal pero que pesa con todo su peso sobre el cuerpo de la bella durmiente y le da un cierto efecto, lo que ha hecho la sublime pesadilla de un Füssli.

Claramente, si el psicoanálisis constata que las unidades corporales se ordenan a partir del discurso, siempre trata del cuerpo a partir de otro cuerpo, haciendo del cuerpo un cuerpo vinculado, un síntoma de otro cuerpo.

Si bien puede ser un camino perdido o incluso engañoso, sin embargo, sigue siendo el único posible para un parlêtre al que su mentalidad le impide reducirse a la abstracción completa de su consistencia imaginaria.

De ahí una serie de preguntas:

- ¿Qué es de la adoración de su cuerpo para el que el cuerpo del otro no guarda ningún agalma ya que tiene su objeto en el bolsillo, el psicótico?

- Si el parlêtre adora su cuerpo, ¿es siempre a título de "hacer el hombre", incluso para las mujeres?

- ¿Esta adoración, ¿qué deviene en un análisis, con la reducción del sentido sexual del cual el fantasma fue el soporte? ¿Encontraría ella una alternativa?

- En nuestra época llamada como "culto al cuerpo", desde Pigmalión hasta la pornografía virtual de libre acceso, ¿se ve afectado el vínculo con el cuerpo del otro y, por lo tanto, con el propio cuerpo y cómo?

Traducido por Clara Cecilia Mesa